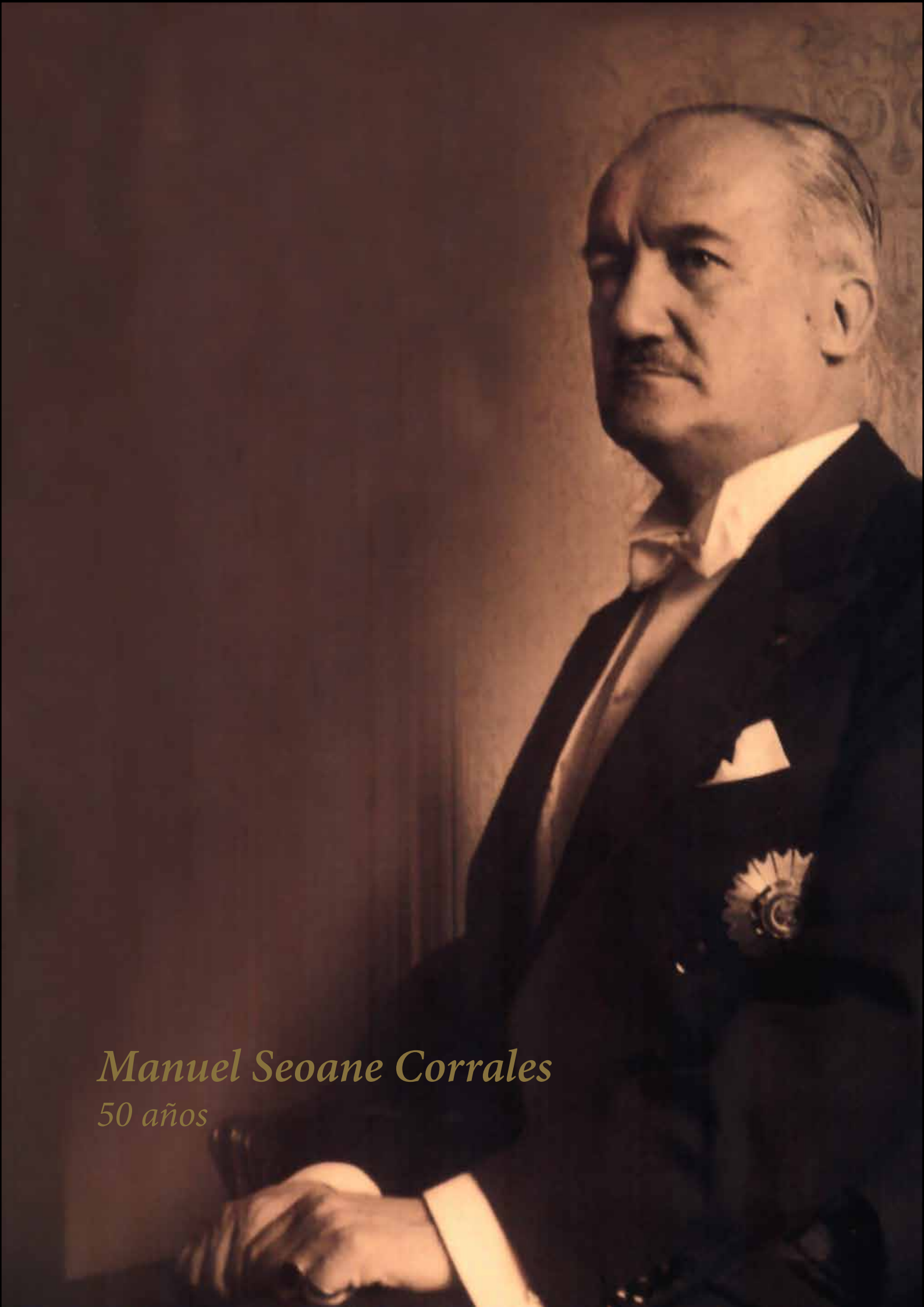


A sepia-toned portrait of Manuel Seoane Corrales, an elderly man with a mustache, wearing a dark suit, white shirt, and light-colored tie. He is looking slightly to the left. A pocket square and a medal are visible on his suit. The background is a textured, mottled brown.

Manuel Seoane Corrales

50 años



EL APRISMO COMO ESPÍRITU

MANUEL SEOANE

Nuestro Partido no limita su esfera de acción a la coincidencia ideológica. Toma al hombre en su integridad. Es decir que no le basta la homogeneidad de opiniones político sociales, sino que procura la unidad en el espíritu, en la conducta, en la vida.

En este país enfermo de escepticismo, de molicie, de viveza criolla, es necesario resucitar un sentido varonil y nuevo. Los peruanos suelen ser pesimistas, indiferentes. Por entre esas blandas filas se abren paso los audaces, los timadores, los oportunistas. Esto explica los desgobiernos del pasado y ciertas candidaturas presentes. Nosotros significamos una nueva conducta, una nueva actitud. Queremos adecentar la política, ha dicho Haya de la Torre. Es decir, queremos que la política no sea un tráfico, un tablado de demagogias, una sociedad de asalto al presupuesto, sino una hermosa empresa colectiva para el bien del país.

Para realizar esta empresa renovadora no basta, repetimos, la coincidencia en los programas. Es preciso, ante todo, un limpio sentido de la acción personal, una noble vocación para el bien. Por eso los apristas somos, ante todo, una fraternidad. Nos sentimos hermanos en

una causa de justicia. Los peligros de ayer y las asechanzas de hoy han hecho que nuestras filas respondan también a un recóndito imperativo de hermandad. Dentro de nuestras agrupaciones los hombres somos hermanos. Nos interesan los compañeros no tanto como electores, sino como individuos. Por eso el Aprismo abarca también el consejo sincero, la orientación en la conducta. Todos y cada uno de los apristas somos cordiales centinelas y mutuos apoyos en esta obra gigantesca.

Consiguientemente nuestros locales no solamente se preocupan de inscribir ciudadanos, sino de sembrar ideas, de enseñar con el ejemplo y con la acción. Las Universidades Populares que han comenzado a funcionar en algunas partes armonizan su esfuerzo con las bibliotecas, las secciones femeninas, las secretarías de disciplina y con esa atmósfera de optimismo y renuevo que flota en todas nuestras reuniones.

Y esta es, sin duda, una de nuestras mejores contribuciones al presente político del país. Vencedores o vencidos habremos dado el ejemplo de un partido de desinterés, edificado alrededor de principios socialistas y con el esfuerzo heroico de todos y cada uno de sus afiliados.

Y quedará una corriente de auténtica vitalidad. Los apristas seremos siempre nuevos en el sentido humano, es decir hombres limpios de toda pasión inferior, abiertos a toda sugerencia, optimistas y decididos. Es decir, constituiremos una fraternidad vigorosa que dará nuevas notas de virilidad en este ambiente enfermizo del país. Nuestra renovación no sólo será política. Será también renovación espiritual.

COMUNISTAS CRIOLLOS | DOS PALABRAS

MANUEL SEOANE

“Los comunistas criollos se creen o llaman ultra-revolucionarios. Pero, en realidad, son como los rabanitos, rojos por fuera y blancos por dentro”.- “la Vanguardia”, Buenos Aires.

El vicio de la exaltación latina está dificultando el problema de la lucha por la justicia social en Indoamérica. La fantasía y el lirismo agrarios visten de prestigio al hombre que ofrece revolucionarlo todo. Un “revolucionario” resulta un ser misterioso, atractivo, seductor. Hay pues, muchos “revolucionarios”, snobs.

Pero la revolución, entendida como auténtico proceso transformatorio, no es un juego de palabras sino un completo y vasto cambio social. El revolucionario por consiguiente no puede ser un demagogo con mal humor y con fiebre. La pasión, nada más que la pasión, real o fingida, no crea nada. Acelera el esfuerzo sólo cuando éste se apoya en el conocimiento frío y realista de las circunstancias ambientales y lo acicatea con una voluntad firme y tenaz. No son más revolucionarios los más

gritones ni los más exigentes, sino los más realizadores y serenos. Los primeros son charlatanes ineficaces, aspas de hélices girando en el vacío. Los segundos son constructores, ruedas firmes adosadas a la tierra que hacen marchar el carro de la justicia.

Yo no soy anticomunista. Simplemente no soy comunista. Creo que el comunismo, teóricamente, es un sistema perfecto. Pero creo, también, que ahora es inadaptable a Indoamérica. Traicionaría mi deber social si no lo dijera y procurara probarlo. Por eso, también milito en las filas del movimiento de justicia y nacionalismos antimperialista que el Aprismo propugna para toda Indoamérica.

Por otra parte, admito el experimento ruso condicionándolo a sus específicas causas históricas y miméticas. Creo que de este vasto ensayo debemos extraer muchos ejemplos y enseñanzas, tanto en las derrotas como en las victorias. Una experiencia tan honda, dramática y cercana, vivida ante nuestros ojos, nos obliga a no ser utópicos.

En estas polémicas con los comunistas criollos, revolucionarios de palabra pero reaccionarios en la realidad, pues dificultan los empeños realizables —rojos por fuera y blancos por dentro—, me sirvo principalmente de citas de Marx, Engels, Lenin y Stalin. Así los combato con su propio arsenal.

A los “rabanitos” no se les debe perseguir, ni encarcelar, ni darles palo. Basta con examinar sus proposiciones descabelladas, con analizar los puntos centrales de la teoría marxista y con inspeccionar la realidad económica de Indoamérica. Basta con quitarle su apariencia roja. Es decir, con mondarles la cáscara.

NUESTROS FINES | LA VALENTÍA Y LA MORAL DE “EL COMERCIO” MANUEL SEOANE

Ustedes están pensando en “El Comercio”. Y yo también. Nada y nadie pueden personificar mejor una política de miedo en la oposición y de insolencia en el gobierno. Ningún rotativo del mundo critica a un gobierno con la energía y la dureza de “El Comercio”. Pero cuando este gobernante está caído. Recuerdo una anécdota que lo define íntegramente. El 4 de febrero de 1941, cuando estaba Billinghurst de presidente, el civilismo, utilizando a un militar –ayer como hoy- organizó una revolución de madrugada contra aquel mandatario, hombre que, equivocadamente o no, representaba ciertas aspiraciones populares. El diario decano preparó dos ediciones: una donde atacaba a Billinghurst y otra donde lo justificaba. Entre tanto, el teléfono daba cuenta del avance de los revolucionarios. Cada noticia favorable a Benavides acercaba la edición revolucionaria a la sección venta. Pero a cada informe contrario, se la retiraba velozmente, sustituyéndosela con la edición gubernativa. El manejo duró hasta que Benavides tomó la casa de Pizarro. Entonces, sólo entonces, el heroico periódico civilista se lanzó a la calle.

En 1929, ya nonagenario, el rotativo aristocrático ha perdido el pelo pero no las mañas. Perseguido, hostilizado, sufriendo toda clase de molestias en el cobro de suculentos avisos oficiales que Leguía le brindó, “El Comercio” pudo erguir su actual edificio de cemento armado y constituirse en sociedad anónima. Por concepto de impuesto debía pagar 10 mil soles. Pero el civilismo está acostumbrado a burlar la ley y a quebrar la espina dorsal. 10 mil soles bien valen, para “El Comercio”, una humillación. Mediante motivos secretos, y compromisos misteriosos, Leguía, el tirano Leguía, perdonó a “El Comercio”, al antileguiísta “El Comercio”, el pago de los 10 mil soles. Por eso, me sorprende que en esta hora floreciente de Catones, no haya surgido ninguno que acuse, por defraudación al Fisco, ante el Tribunal de Sanción, conjuntamente, a los dueños del diario y al ex-tirano del Perú.

Pero hay datos más frescos, de historia contemporánea. Como por ejemplo, la gradación de adjetivos con que “El Comercio” calificó a Leguía en los días de la revolución. Cuando estalló el movimiento de Arequipa, era “el presidente señor Leguía”. Después de su renuncia, y antes de la llegada de Sánchez Cerro a Lima, era “el presidente depuesto”. En las horas en que no estaba segura la revolución, “el gobierno fenecido”. Finalmente, cuando Leguía fue encerrado en el Panóptico, ya bajo siete llaves, “El Comercio” lo llamó: “el tirano nefasto”.

Esta es la moral del periódico que hoy ataca a las fuerzas jóvenes del país y se atreve a suponer indecisiones. ¡“El Comercio”!, que durante los once años de tiranía vivió en absoluta sordomudez. Hoy, recuperada súbitamente el habla, es natural que tartamudee y diga tonterías. Son

consecuencias del temperamento y de la edad. Al fin y al cabo “El Comercio” sólo se lee por las señoronas civilistas que buscan las notas sociales y la lista de defunciones. Y se sabe que, como ha dicho Haya de la Torre, no ha tenido otra lealtad que al significado literal de su nombre.

Así, dibujadas, en líneas generales, las características de la política civilista, se comprenderá fácilmente por qué las fuerzas renovadoras del Perú, polarizadas en el Partido Aprista Peruano, no solamente no pueden pactar ninguna clase de alianzas con los representantes del pasado, sino que, por un elemental deber histórico y social, deben combatirlos sin tregua. Todo hombre que desee sinceramente el bien del Perú, lógicamente debe ser implacable con sus explotadores profesionales.

No se puede implantar el bien, sin extirpar el mal. No se puede ser antiimperialista sin ser también anticivilista.



SALUDO AL SENADOR DOCTOR SALVADOR ALLENDE MANUEL SEOANE

Saludo al Senador Doctor Salvador Allende

Señor Presidente:

Me es sumamente grato, en nombre de la Comisión Diplomática del Senado y en nombre del Partido del Pueblo, saludar la presencia en esta Cámara del Senador Socialista chileno doctor don Salvador Allende Secretario General de su Partido, Ministro de Salubridad de la República Austral durante el gobierno del Presidente Aguirre Cerda y actual Senador por la Novena Circunscripción, la figura del doctor Salvador Allende es conocida sólo en su país sino en América. Estuvo en nuestra Patria hace ya unos años, con motivo de la inauguración del Hospital Obrero del Seguro Social, y trabó con este país vínculos de amistad, parte de los vínculos políticos. A su regreso a Chile tuvo la iniciativa de denominar a una Clínica Asistencial de Valparaíso con el nombre de “Daniel A. Carrión”, uno de los mártires de la Medicina peruana. Por su figura política, por su actuación parlamentaria, por todo lo que ha significado de comprensión del trance democrático que vivió el Perú durante los últimos quince años, su figura es

particularmente grata para los auténticos demócratas del Perú; en tales circunstancias me es sumamente placentero saludarle en nombre de mi Partido y de los Senadores del Frente Democrático Nacional. (Aplausos prolongados).

Diario de los Debates del Senado 1945, Tomo V, página 2668, Lima, 24 de noviembre de 1945

DISIDENCIAS EN EL APRA

MANUEL SEOANE

Cada cierto tiempo anuncian divisiones en el Aprismo. Probablemente corresponden a una expresión de los adversarios, emboscados o confesos. A veces difunden la especie elementos del gobierno peruano, y otras las divulgan órganos del comunismo criollo. Como generalmente aluden a divergencias entre Haya y los líderes, entre ellos yo, en cierta ocasión narré que, durante un tiempo, mis discusiones más álgidas con el Fundador y Jefe del Aprismo fueron sobre la longitud de las paladas en el deporte del remo, que ambos practicábamos, o sobre el contenido, melancólico o humorista de la letra de los tangos. Lo efectivo, lo irrevocablemente cierto, es que el Partido Aprista, fundado en 1924, hace la friolera de treinta años, con o sin discusiones, es casi el único partido popular del continente, que a lo largo de su azarosa y dilatada existencia, no ha sufrido las comunes divisiones que suelen fragmentar, y a veces, esterilizar, el esfuerzo de las grandes causas multitudinarias.

Nuestras diferencias con el comunismo criollo, se inician en 1928, cuando el líder comunista cubano,

Juan Antonio Mella, disintió con Haya de la Torre en el Congreso Antiimperialista de Bruselas. En 1932 sostuve, en Santiago, una agitada polémica pública con dirigentes prosoviéticos en el destruido Teatro Septiembre de la Avenida O'Higgins. Ella fue recogida en un folleto titulado "Comunistas Criollos". En Perú, el instructor comunista Eudocio Ravines cumplió a pie juntillas la consigna de atacar al Aprismo, valiéndose de todos los medios, lícitos e ilícitos, con el apoyo y la subvención de los grupos oligárquicos peruanos, a los cuales ha terminado sirviendo desembozadamente. Las divergencias con el comunismo nacen de una distinta apreciación de la naturaleza del problema social indoamericano y de los consiguientes métodos para solucionarlo. Nuestro movimiento es antiimperialista, pero creemos que hay que sacudirse de toda tutela foránea, y que los pueblos de Indoamérica, en esta favorable coyuntura histórica, deben unirse para emanciparse. Para emanciparse de todos los imperialismos, cualquiera sea su color.

Como es lógico, a veces se producen discusiones internas. Únicamente no las tienen los caudillismos cesaristas, donde los afiliados son dócil cauda de la omnímoda voluntad de un hombre. Los congresos partidistas se realizan para cambiar opiniones y ello vitaliza al partido y fija su orientación por voluntad mayoritaria, que todos acatan. La unidad se hace inquebrantable, porque no es fruto de la imposición, sino del libre debate y del voto de los organismos representativos y sujeta a la homogeneidad del propósito central. No hay divisiones en el APRA.

Justamente, a raíz de la salida de Haya de la Torre de su largo cautiverio, se celebraron reuniones sucesivas en

Montevideo, que fijaron un rumbo común, categórico y claro. A su término se emitió una declaración, firmada por el Jefe del Partido por mí, cuyo texto evidencia que no hay problemas dentro del Partido. Los párrafos pertinentes dicen así:

“Se acordó declarar: que la firme unidad del Partido se mantiene inquebrantable alrededor de los principios y doctrinas que constituyen las bases fundamentales de su acción política, consagradas en los cinco puntos del Programa Máximo, y en los diversos acuerdos de sus convenciones y congresos. Que la democracia interna sigue constituyendo, mediante el voto secreto de los afiliados, la norma invariable de acción del Partido y el sustento doctrinario sobre el cual éste aspira a convertir en realidad la democracia en el Perú. Que, conforme al Programa del Partido y a los acuerdos de sus convenciones y congresos, en el presente instante del panorama internacional, ratifica su invariable posición antimperialista, su irreductible rechazo a la penetración comunista y su firme propósito de unidad continental, reiterando su solidaridad con todos los regímenes democráticos y populares y con los pueblos de Indoamérica. Montevideo, 21 de julio de 1954. Firmado: Haya de la Torre, Manuel Seoane”.

Santiago 26 de octubre de 1954



ENTREVISTA A VÍCTOR RAÚL HAYA DE LA TORRE

Bonn, setiembre 19 (AFP).- “Seoane fue el más brillante de todos los oradores que hayamos tenido en el Parlamento”, declaró Víctor Raúl Haya de la Torre, jefe del Partido Aprista Peruano, al corresponsal de la *Agencia France Presse* en una entrevista concedida con motivo de la reciente desaparición de Manuel Seoane, líder de ese Partido. Haya de la Torre se encuentra actualmente en Munich, donde ha sostenido conversaciones con profesores de la Universidad en torno a problemas de América Latina.

El encuentro

Mi primer encuentro con Seoane —nos dijo el jefe aprista— se remonta a muchos años atrás, cuando aún era yo estudiante. Por aquel entonces fui elegido Presidente de la Federación de la Federación de Estudiantes. Él era Vicepresidente. Corría el año 1923. Luchamos juntos contra el régimen dictatorial imperante de la época.

Seoane asumió la Presidencia al ser yo arrestado, pero corrió luego la misma suerte que yo. Pudimos salir exiliados de nuestro país. Yo viajé a México y Seoane a Buenos Aires. No estábamos nunca juntos pero nos preocupábamos de mantener estrechos contactos.

En 1924, fundé el Partido Aprista en México y Seoane hizo lo propio en Buenos Aires, donde trabajaba como periodista.

Volvimos al Perú en 1930. Nuestro país tenía un nuevo Gobierno y Seoane fue elegido Diputado al celebrarse las elecciones.

En lo concerniente a sus impresiones sobre Seoane, Haya de la Torre expresó:

Once años en el exilio

Era un orador deslumbrante en las filas del APRA. Quiero decir que fue el más brillante de todos los oradores que hayamos tenido en el Parlamento. Sin embargo, la tarea de Seoane en el Congreso no fue sino de corta duración, pues en 1932 estaba ya amenazado de encarcelamiento y tuvo que exiliarse en Santiago de Chile. Once años debió permanecer alejado de su país.

Haya de la Torre agregó que Seoane había fundado *La Tribuna*, diario del APRA, del cual fue director. Durante esos once años de exilio, ambos redactamos *La Tribuna* como periódico clandestino. Seoane nos enviaba sus artículos al Perú y nosotros los imprimíamos en lugares secretos del país en imprentas improvisadas o en mimeógrafos.

En 1962, él se presentó como candidato a la Primera Vicepresidencia de la República en la fórmula encabezada por mí.

El último adiós

Hay de la Torre nos confió enseguida sus últimos recuerdos de Seoane: fue uno de los hombres más influyentes que se mostraron partidarios de la Alianza para el Progreso del Presidente Kennedy. Se había consagrado enteramente a esa tarea. Venía a ser allí no solamente el Embajador del Perú sino el de toda América Latina. En julio lo encontré en Lima, por última vez. Quería invitarme a una mesa redonda con representantes de Estados Unidos y de los países latinoamericanos. Esta reunión debía efectuarse en octubre, pero Seoane ha desaparecido antes.

Volviendo una vez más a sus recuerdos de juventud, Haya de la Torre manifestó en nuestra época de estudiantes, formábamos parte del mismo Club Regata se intervinimos conjuntamente a menudo en competiciones de ese deporte. Jugábamos también al fútbol.

En 1960, Seoane era Embajador del Perú en Holanda y yo le hice una visita. Hablaba perfectamente francés e inglés pero no poseía el alemán. Emprendimos juntos, sin embargo, una gira por ciudades alemanas y a pesar de haber estudiado yo dos años en Berlín, él me servía de cicerone. Pensé entonces que él aprendería rápidamente el alemán, pero en realidad se contentaba con repetir *danke schoen* (muchas gracias), *ja, ja* (sí, sí). Lo que resultaba cómico en boca de un orador tan bueno.



BUENOS AIRES 1936

A. Gerchunof, S. Zweig, Alfonso Reyes, Luis Alberto Sánchez, Manuel Seoane, Andrés Townsend Ezeurra...

MANUEL SEOANE HA MUERTO

LUIS ALBERTO SÁNCHEZ

Cuando me lo dijo Carlos Enrique Melgar me pareció algo insólito, imposible. Me lo quedé mirando y, cuenta él, que el engarfié el brazo. Hay hombres a quienes la muerte debe respetar porque no pueden ser cadáveres. Si de morir se trata pues, a desaparecer, porque así queda el misterio abierto y confirmado el mito. Seoane tenía tal gula de vivir, tal voluptuosidad de hacer, tal capacidad de mando, tal lujuria de crear, que no se podría concebir yerto. Su mentón era como una proa y las proas abren surcos en el mar. Su sonrisa era de reto y el reto necesita rival. Tenía una mirada inquisitiva y entonces los ojos deben buscar, inquirir, hallar y no ser hallados. Hablaba con cortos períodos de orden, y la muerte requiere largas frases de plegaria. ¿Cómo concebirlo muerto, entonces? ¿Cómo? Pero Manuel Seoane había muerto. Ha muerto.

Yo sabía, de tiempo atrás, que algo le atormentaba y él celaba el misterio por orgullo. Tenía para mí el ejemplo de mi maestro inmortal, Manuel González Prada: herido estuvo de muerte, en el corazón, años antes de su deceso, pero él trató de que nadie lo supiese. Sobre todo de que ni sospecha naciera en

doña Adriana. Los hombres de lucha suelen confundir la verdad con la dureza. De tanto pelear se hacen una personalidad que ya no corresponde sino a la fantasía, y en ella tiene derogatoria perenne la condolencia, que siempre humilla. Pero, a nadie se le podía ocurrir que ese hombrachón de largos y medidos pasos, de palabra fácil y persuasiva, de ademán arrogantes y a veces teatral, pero siempre patético, tuviese una de esas heridas que vuelven blando a Goliat y hacen pabito de Hércules. La tenía, sin embargo. Su revelación es sólo ahora, al triunfar ella, la herida, sobre su portante.

Los diarios han tejido el elogio merecido de vida tan afanosa y erguida, los diarios, todos, menos uno, aquel en donde se anidan juntamente la mezquindad, el rencor, la estupidez y la insidia. *El Comercio*. Lo nombro así, porque Manuel lo habría nombrado, como cien veces lo nombró al cotejar las impudicias que sus páginas destilaran sobre vidas tan de pro como las de tantos peruanos eminentes, entre ellos él mismo.

Fue Seoane más de los que muchos creen y menos de los que algunos pocos hubiesen querido. Y en ese mucho más y poco menos está la exacta dimensión del hombre a cabalidad. Yo le conocí cuando ambos, nació el mismo año, con diferencia de dieciocho días a su favor, éramos estudiantes de San Marcos. Él era un palomilla deportivo, y yo un esgrimista estudioso. Nos unió simpatía por la vida. Cantábamos tangos y coplas, queríamos reformar la universidad, andábamos preocupados en movernos, en actuar en hacer, y así nos dimos de brazo a brazo ya en 1919 en la tarea de la Reforma. Ahora que he evocado su figura en el local del senado de la República, recuerdo que un 4 de julio, el mismo día que Leguía quitaba de

en medio a José Pardo, ambos, miembros del Comité Revolucionario de la Facultad de Letras, ocupábamos *manu militari* el escritorio de Rafael Belaunde, Oficial Primero del Senado y redactábamos una táctica declaración para sortear los riesgos del leguismo iniciantes respecto a la Reforma Universitaria. Seoane era empleado del Senado. No tardó en malquistarse con su oficina. Instaló una tienda de artículos deportivos en la calle Jesús Nazareno, regentada por una muchachota morena, de renegridos cabellos y sonrisa insinuante, la novia de todos los contertulios del Boliche en donde se conversaba más de lo que se vendía.

Resultó líder universitario después de la Reforma, y yo ausente permanente de San Marcos. Nos juntó de nuevo la necesidad de salvar el abismo que había dejado el destierro del presidente de la Federación de Estudiantes, Haya de la Torre. Manuel lo sustituía provisionalmente. Urdimos unos Juegos Florales. De ellos salió elegido Enrique Peña Barrenechea, y yo pronuncié un discurso sobre “La Tristeza en la Literatura Peruana” que fue el primer elogio oficial de Vallejo (después del de Orrego), allá por octubre de 1924; Manuel era ya un ausente forzado del Perú. Lo habían desterrado. Lo sustituía Pedro Muñiz. El día de su apresamiento habíamos estado juntos almorzando en el restaurante Venecia y luego fuimos a la Imprenta Proletaria en la Avenida Grau. A la salida lo apresaron. Era en mayo del 24. Lo evocamos de todo corazón y a toda voz.

He terminado una cuartilla y me doy cuenta de que estoy por el principio y debo apresurarme. No por mí que me regodeo en este recuerdo en que me reflejo y lo reflejo. Sino por los lectores.

En el destierro vivió Seoane de diverso modo. El de Buenos Aires fue el más duro. Primero, funcionario de Instrucción Pública, con Mantovani como jefe; al mismo tiempo, ayudante de bufete con Alfredo Palacios de maestro; y periodista en *Crítica* con Botana de guía. Escribió un libro, viajó a Bolivia, se casó con Elsa Arbutti, una magnífica muchacha ítaloargentina, que compartió con sus días malos y de quien tuvo dos hijos, la inolvidable Nora, que se nos fue en París en plena Primavera hace cuatro años, y Hernán, que acompañó a su padre hasta la muerte, niño herido de fatalidades antes de tiempo pues tuvo en sus brazos el fresco cadáver de la hermana, el de su madre fallecida hace un año exacto y ahora el último suspiro de su padre.

Cuando Manuel llegó a Chile en 1936, trabajamos en la misma empresa. Yo estaba en ella desde hacía dos años y nada me fue más grato que ver en la tripulación de Ercilla, donde actuaban Américo Pérez Treviño, otro desaparecido antes de tiempo, Luis López Aliaga, Medardo Revilla, Alfredo Baluarte, Augusto Silva Solís, Bernardo García (héroe de veras), ver con nosotros a Manuel Seoane. En dos meses realizó el prodigio de convertir una revista que se moría de orfandad lectora en el primer magazine chileno. Días de embriagadores triunfos para Manuel, que ya estaba en su segundo destierro, o en su tercero, o en su cuarto, que se llevó la vida acercándose al Perú y viéndose despedido por quienes más que hermanos parecían hermanastros.

Habíamos estado, en efecto, en la Constituyente de 1931, y en el destierro de Panamá. Compartimos las glorias y miserias de ser parlamentarios bajo una dictadura. Manuel se hizo un polemista vigoroso y relampagueante.

Como tal siempre había caudal de amigos y admiradores tras de él. Fungía de líder y donjuán, de intelectual y deportista. Había en él una especie de frenesí de abarcarlo todo y de ser en todo y para todo un director. Fue entonces cuando fundamos La Tribuna. Lo hicimos con quinientos soles y millones de audacia. Juntos escribíamos medio periódico de 7 a 10 de la mañana. La otra mitad estaba reservada a Solano, Otero, Fernández Rivas, López Aliaga, Sabroso y si de alguien me olvido, que me perdone, pues escribo a espolazo de emoción y a solicitud de editor impaciente, imperativo, ineludible.

Seoane fue y volvió como algunos de nosotros. Trataba de mantener siempre clara la inteligencia. El corazón quería reservarlo para los trances privados, que no los públicos. Sin embargo, era notoria su fraternidad con los compañeros, empezando por Haya de la Torre, a quien debió su bautizo de ideas que, a veces, es tan importante como el de agua y sal y siempre más decisivo que el de sangre.

Seoane fue aprista de vocación y decisión desde que el Apra no pasaba de un piño de compinches estudiantiles alucinados por cuatro axiomas hoy llenos de contenido y lumbré. Era aprista y quería que lo fuésemos todos. Me exigió mil y mil veces cuando regresó en 1930 y compartimos vicisitudes que no me correspondían, pero que sobrellevé contagiado de su alegría deportiva para encarar la política entonces. Cuando me matriculé en el Partido en marzo de 1931 y por manos de Alcides Spelucín, me saludó con una carta desde Buenos Aires. En seguida empezamos el trabajo común que no ha cesado todavía.

No sé de ningún parlamentario más completo que Seoane, y he oído pocas oratorias más penetrantes que la suya. A ratos un poco demasiado figurativa para mi gusto retaceado, pero contagiosa en todo instante. Volvimos al destierro, y él estuvo obsesionado permanentemente por la idea de hallar un común denominador para abreviar las luchas de la patria.

Todo hombre tiene su medida, su límite. No lo habíamos descubierto aún en Seoane. Nadie lo imaginaba capaz de ser un Embajador circunspecto y metódico y lo fue. Nadie creía que pudiera consagrarse a una labor tan altruista y fuera de intereses inmediatos como la Alianza para el Progreso, y la encaró con rigor de veterano. Había en él una necesidad de verterse y de expresarse haciendo y tomó de la vida cuanta oportunidad se le brindara para intentar la difícil proeza.

Los que le conocimos de cerca y compartimos las malas-buenas horas del destierro, los comentarios interminables a una realidad inaccesible, el inútil empeño por ser protagonista cercano y no espectador lejano, la voluntad de servir, la tremenda facilidad de entender y sintetizar que caracterizaron a Seoane, no podremos sino tenerlo presente a pesar de su ausencia física.

Los apristas pertenecemos a una larga y sólida familia en la que, como en toda familia, hay diferentes diapasones y modos de ver distintos. Sin embargo, por encima y por debajo de todo, suelo y cielo de la fraternidad, nos une algo irrompible, un hilo emocional que penetra hasta los tuétanos mismos del alma. Con Seoane era así. Es así. Y ahora que lo sabemos incapaz de lanzar un sarcasmo de los suyos, reilón pero penetrante, que sabemos sellados

los labios que destilaban frases sonoras e invocaciones irresistibles, y está fría la mano caliente ayer de tanto bregar con la máquina de escribir; ahora que parece que todo pasó y que poco queda, por ser él quien fue y por ser nosotros quienes somos, es cuando más viva es su presencia, cuando más audible es su voz y cuando más anchase tiende la mano, aunque sea en el vacío, buscando el nudo fraterno que fue eslabón tantas veces, a lo largo de tantos inmarcesibles años.

Viejo Manolo: llegamos juntos al 900. La despedida es por eso más difícil, más irresoluta, sin el irreparable hasta nunca.

Cuaderno de Bitácora

La Tribuna, 12 de setiembre de 1963





